

LA NOVELA SEMANAL



UNA MADRE, EN FRANCIA
Por Belisario Roldán.

AÑO I

PRECIO: 10 Centavos

N.º 4

De una elegancia
incomparable son las
confecciones de
nuestra casa, los
precios son como siempre,

los más económicos,
en relación a su
alta calidad.



Traje de pura
lana a \$ **34**

SASTRERÍA

Trajes de saco sobre medida,
en casimires de pura lana **importados**, gustos selectos y de última novedad, corte y conclusión irreprochable, desde \$ 120 hasta . . . \$ **60**

CONFECCIONES

Trajes de saco en casimires de pura lana importados en todos los gustos y colores modelos de última moda a \$ **48**

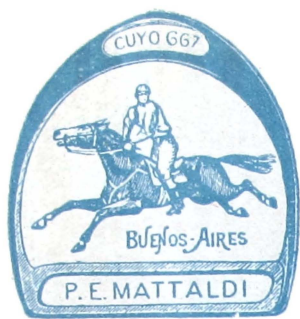
Trajes de saco en casimires de pura lana gustos ingleses, precio excepcional a \$ **25**

CATÁLOGO :: PIDALO HOY
MISMO, SE REMITE GRATIS Y FRÁN-
CO DE PORTE AL INTERIOR DE LA
REPÚBLICA.

ZABALA

BARTOLOMÉ MITRE
Y ESMERALDA

Otero y Co. impresores, Perú 856-58, Bs. As.



MARCA REGISTRADA

Pedro E. Mattaldi

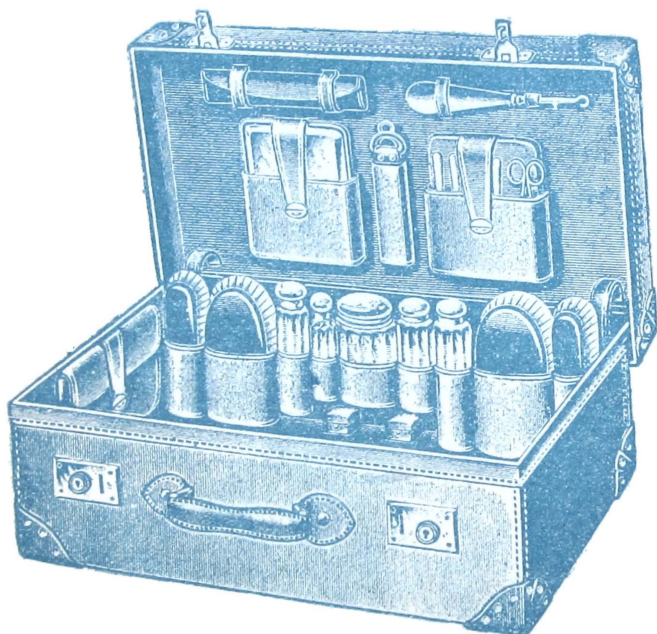
667-SARMIENTO-667

BUENOS AIRES

ARTICULOS DE VIAJE

MARROQUINERIA FINA

FABRICA ARGENTINA



OBSEQUIOS PRACTICOS

para Señoras, Niñas y Caballeros

Unión Telef. 2404, Avenida — Coop. Telef. 3008, Central

DIRECCIÓN:

MIGUEL SANS - ARMANDO DEL CASTILLO

UNA MADRE, EN FRANCIA

NOVELA INÉDITA ORIGINAL DE

BELISARIO ROLDAN

En Saint Sauveur, pequeña y apacible aldea cuyo case-
río se tiende en la falda de los Pirineos, vivían Madame Fran-
cine y sus dos hijos, Carlos y Manuel, dos bravos muchachos,
obreros ambos, de veintitres y veintiún años de edad respec-
tivamente. El Cura de la única iglesia que existía a la sazón
en la pintoresca villa, aseguraba que las campanas con que
todos los días llamaba a los fieles, eran las más antiguas del
país, circunstancia que había logrado atraer cierto prestigio
sobre los adminículos de la referencia; pero la relativa
popularidad de que gozaban las campanas de Saint Sauveur,
era un mito comparada con aquella que rodeaba a Madame

Francine. A ella correspondían, sin duda alguna, los honores del primer puesto en el pueblo, sin que nada ni nadie, baidajos inclusive, fuera capaz de disputárselo con éxito. Y en verdad que lo merecía. Alta y magra, sus ojillos pardos brillaban bajo la blancura de las canas, que ella desgredñaba un poco, fuese por costumbre o por coquetería, cuando desbordaba en apóstrofes contra los burgueses, a quienes odiaba de una manera definitiva.

En eso era implacable Madame Francine. Había heredado este odio de su marido, un rebelde de blusa azul, muerto diez y nueve años atrás; y procuraba por todos los medios comunicar ese odio a sus dos hijos, a quienes amaba entrañablemente, con un amor que exaltaba en ella la furia contra la burguesía, como si presintiera que de ese lado vendrían alguna vez a quitárselos.

Esta manera, más instintiva que deliberada, de ver las cosas, había impreso a su cariño materno un tinte de agresividad casi selvática, a punto de sugerir la idea similar de un ave brava que acariciase a su cría con las alas y amenazara al mundo con la garra vigilante, siempre alternando los ojos en miradas de ternura y de rencor, según que envolviesen a aquella o se tendieran sobre éste. Sin que su propia perspicacia se percatase del fenómeno, sus rebeldías eran fruto, más que todo, del amor que le inspiraban los vástagos, en quienes había depositado anhelosamente sus últimas ilusiones de madre prevecta. Cuando cerraba el puño amenazador y derramaba a borbotones sus gritos habituales contra el gobierno, la familia, la propiedad y el ejército, era

curioso observar con qué rapidez, al volverse hacia Carlos y Manuel, disipábase en sus pupilas el fuego del odio para llenarse de esa otra luz indescriptible que los amores profundos ponen en el fondo de los ojos. Su voz readquiría la tonalidad acariciante, saltando bruscamente de la gama metálica a la blanda y dulce, y era, en fin, epílogo inevitable de sus explosiones, la aparición de la madre, una madre integral y fervorosa que hubiera querido tender una muralla entre el mundo y sus dos hijos...

Suelen ser frecuentes entre los humildes estos estados de ánimo, que así convierten en cosa hosca y huraña lo que es manso por definición. La leona escondida en el bosque, que ante la presencia de un hombre se iergue sobre los cachorros, centelleante de rabia, y los cubre con su cuerpo crispado para saltar sobre el peligro, más en amor a la prole que en odio al intruso, es un cuadro que tiene amenudo reproducciones fieles en el mundo de los que han concluido por circunscribir todos sus anhelos a las cuatro paredes de la alcoba donde moran.

No tomaba parte Madame Francine en las agitaciones periódicas de los obreros; pero más de una sociedad anarquista — es preciso decirlo — habría adornado con mucho gusto las paredes de su salón con el retrato de la verbosa y altanera vecina de Saint Sauveur.

Corría el año catorce y la paz reinaba en Francia. No obstante la notoriedad de sus ideas políticas, que habían llegado a hacer famosa la elocuencia de Madame Francine, visitábanla casi todas las noches en su casa, el alcalde y el comisario del pueblo.

Estos representantes netos del régimen burgués habían logrado captarse las simpatías de la inquieta señora — cuyos sesenta y cinco años hacían escusables, por otra parte, los desbordes frecuentes de su oratoria antigubernista — y una partida de chaquete los congregaba noche a noche en el hogar humilde de la viejecilla, que solía aprovechar la presencia de los dos buenos amigos para despacharse a su gusto y arrojarles en plena cara verdades de a puño; pero lo cierto es que ellos recibían la andanada sin incomodarse y no veían en su interlocutora sino una madre apasionada de sus hijos. Cuando, por casualidad, se hablaba de una guerra posible, la exaltación de la dueña de casa no reconocía límites. Pensar en que eso llegara a ocurrir; imaginar que podían arrebatarse a sus dos hijos, y suponerlos bajo el uniforme, en marcha a los campos del crimen, eran cosas que bastaban para crispar sus nervios hasta lo indecible. Tan agudas presentábanse entonces sus crisis de cólera, que sólo el bromuro lograba serenarla. Se lo administraban en grandes porciones, una vez que los apóstrofes dejaban de salir de sus labios y caía extenuada por el esfuerzo y la indignación. Y a fé que en trances tales tornábase bella la vieja hembra rebelde. Adquirían sus pupilas un fulgor extraño; y como si la exaltación interior disendiase sus miembros, parecía alargarse su silueta y adquirir inusitada majestad el ademán profético de su brazo derecho.

Las palabras de protesta brotaban silbantes y pródigas de su boca, cuyos labios tenían una impresionante delgadez de florentino antiguo; y cuando el rostro cenceño se animaba al calor de los anatemas, transfigurábanse súbitamente sus

facciones y cobraban todas ellas una austeridad profunda y conmovedora. Nadie habría osado contradecirla en circunstancias tales. La mano, huesosa y flaca, acompañaba con admirable eficacia a la expresión verbal, y la frente, surcada por rícas arrugas, se iluminaba hasta dar la impresión de que estaba encendida por la verdad....

Cierta noche, en plena tertulia de chaquete, una reflexión del Comisario había dado lugar a un estallido de Madame Francine, y no poco trabajo había costado al Alcalde traerla a la realidad y lograr que continuase la partida. Y la cosa había tenido por origen una trivialidad. Conversando displicentemente mientras jugaban, el Alcalde había preguntado al funcionario policial si los diarios de París, llegados esa mañana, traían alguna novedad; y el Comisario se había permitido opinar que el tono un tanto sibilino de la prensa parisien le hacía presumir que algo grave se ocultaba al pueblo.

—¿Qué puede ser ello? — había interrogado el Alcalde.

—Parece — había replicado el Comisario — que la situación internacional se pone muy fea....

Entonces habíase alzado Madame Francine:

—¡La guerra, la guerra! ¿Pero ustedes creen posible una guerra? ¿No comprenden que el gobierno, para mantener la sumisión del lado de adentro, necesita simular peligros del lado de afuera? ¿No se dan cuenta de que eso es imposible ya, porque un nuevo choque nuestro con Alemania importaría conflagrar a la Europa entera? ¡La guerra, la guerra! Desde el 70 se nos viene amenazando con el fantasma. ¿Para qué? ¡Para sofrenar por medio del imaginario cuco de afuera

las rebeliones que arden adentro y poder seguir teniendo ese ejército, que es una fuente de negocios para quienes lo proveén, un medio de vida para quienes lo mandan y un baldón eterno para quienes lo constituyen!

La viejecilla había desparramado apóstrofe sobre apóstrofe, sin perdonar a la bandera misma, para la cuál se reservaba siempre, con visible inquietud de sus visitantes, lo más agresivo de sus ditirambos y lo más agudo de sus ironías. Procurando serenarla, los dos funcionarios habíanla persuadido de que una simple frase, dicha al azar y sin mayores fundamentos, no merecía los honores de una tan viva exaltación, habiendo sido necesario confiar al bromuro el resto de la tarea, para conseguir que los nervios de la señora tornasen a la normalidad. Hacía ya rato que las incidencias del chaquete absorbían por entero a Madame Francine y sus amigos cuando la puerta de la alcoba se abrió bruscamente para dar paso al secretario de la Alcaldía que apareció lívido de emoción y habló así:

—¡La guerra! ¡El ejército alemán invade a Bélgica para caer sobre París; están convocadas las milicias!

*
* *

Digamos, antes de proseguir, que Manuel, el hijo menor de la protagonista de esta historia breve, estaba en vísperas de casarse, y que su novia se había criado con él y habitaba desde muy pequeña en la casa de Mad. Francine. Esta última

la había recogido en la calle, una tarde trágica, diez y nueve años atrás. Había ocurrido esto cierta vez que su marido organizaba con otros una huelga general, en París. A la tarde de aquel Viernes, un compañero había venido a buscarlo; y no olvidaría nunca Madame Francine, cuánto era de fresca y sonriente la criatura de dos años que ese hombre traía en brazos.

—¿Cómo? — le había observado ella — ¿vá usted a formar en la columna con esa niña?

Y él le había respondido que no; que iba a dejarla en casa de un amigo; que la niña no tenía madre... Luego salieron juntos su marido y aquel hombre. Iban a reunirse a poca distancia de allí con un grupo de obreros para encaminarse juntos al encuentro de la gran manifestación; y fué horas después que Madame Francine recibió de su marido una carta que estaba fechada en la cárcel... Decía así: "Apenas nos reunimos para emprender juntos el camino del centro, un escuadrón cayó sobre nosotros. Mi compañero, para salvar a su hija, la escondió a un lado de la calle, entre el barro, frente casi a la taberna del León, bajo el primer castaño grande. Allí debe estar. Búscala y llévatela a casa..." Madame Francine, había cumplido la orden y la chiquilla había sido encontrada y recogida. Al otro día, el padre de ésta última había muerto a consecuencia de una herida que recibiera en el momento de la carga; y en cuanto al marido de Madame Francine, nunca más salió de la cárcel. Murió en su celda, condenado a 10 años de encierro, bajo la inculpación de homicidio en la persona de un soldado de los que cargaron con-

tra el grupo. Fué así que la pequeña abandonada — se llamaba Lucía — quedó en manos de nuestra heroína. Y ésta era a la sazón la novia de Manuel, con quien iba a desposarse algunos días después. El destino no lo quiso así. La dulce Lucía debió resignarse ante la verdad terrible. ¡La guerra, la guerra!

Cuando la noticia llegó a casa de Madame Francine, el primer impulso de la viejecilla no fué el dolor, sinó de cólera. Todos sus odios ardieron al rojo, en un espasmo supremo de indignación.

—¡Maldito sea el mundo mientras lo dirija la infamia burguesa! ¡Malditos los que creen que disfrazando a los hombres de soldados, se tiene derecho de asesinar y de robar en banda!

Sus ojillos pardos reverberaban como dos carbones encendidos cuando evocaba el hecho inminente y seguro:

—¡Y se llevarán a mis hijos! ¡Y los veré partir hacia la muerte, hacia el crimen, hacia el horror! ¡Y quedarán sepultos bajo la tierra o volverán mutilados, acaso ciegos, acaso idiotas! ¡Y esto contra la voluntad de todos y en nombre de la patria!

Luego caía, como abrumada por el propio fuego, y las lágrimas rodaban sobre su rostro apergaminado.

... Carlos fué el primero en partir. Abrazada a sus rodillas, trémula de angustia y opulenta de maternidad, la vieja mujer le arrancó una promesa inverosímil:

—¡Júrame que volverás!

Y Carlos, como apadriñando piadosamente aquel delirio,

le respondió que sí, que lo juraba, que volvería..... Y partió. Partió dejando a su Francia sumida en la sorpresa, en los preparativos febricientes, en la ansiedad sin límites. Los primeros ejércitos se batían en Bélgica. Cada *fuerte* que tambaleaba en la pequeña nación vecina, repercutía en París de una manera trágica y gloriosa. ¿Serviría aquel martirio para dar tiempo a la organización de la resistencia? Los hombres se miraban entre sí sin hablar. Algunos ancianos visitaban las fortificaciones de la ciudad y las contemplaban en silencio. Ante la columna Vendome deteníanse las multitudes; y la mirada con que envolvían la imagen que se alza en la cúspide del monumento, tenía la doble elocuencia de un llamado al Capitán y una invocación al cielo, con el cual parecía confundirse la figura del héroe entre la sinfonía gris del gran conjunto. Los ojos de los niños se alzaban absortos hacia los padres. En el rostro de las mujeres vibraba un gesto nuevo, hecho de dolor, de abnegación, de estoicismo, de fe. En los bulevares, a medida que iban llegando noticias, reinaban a intervalos paréntesis de un silencio pleno, un silencio tan vasto y tan hondo, que la muchedumbre podía oír el rumor leve que susurraban las banderas de Francia movidas por el viento, allá arriba. Cada pupila tenía grabada su ensoñación y cada entrecejo anticipaba un heroísmo. Imaginaban algunos, bajo la fiebre, que en los Inválidos había de sentirse una noche cualquiera un ruido extraño, y que poco después había de surgir de su cripta de mármol, resurrecto, el invencible... Cuando las notas de la Marsellesa caían sobre esos silencios, la reacción era brusca y fulminante. Todas

las ansiedades, todas las cóleras, todas las resoluciones, estallaban en el grito, en el apóstrofe, en una especie de alarido informe que parecía anticipar como un trueno el ímpetu tormentoso de la defensa. Y cuando los últimos baluartes belgas rodaron por el suelo; cuando el invasor pisó tierra francesa y las aldeas empezaron a desvanecerse en el polvo de sus propias ruinas; los ecos del cañoneo lejano llegaron a París. Y los corazones de París comenzaron a alimentarse de ese rumor. Era como un vino sagrado. Era un retumbo lúgubre que engendraba en los pechos redobles de latidos. Era una suprema voz de mando que apeñuscaba a los hombres en la resolución de salvar a la República, mientras los bulevares, como ríos desbordados, parecían echar sobre las aceras espumas de gloria.



Los días que subsiguieron fueron para Madame Francine de lágrimas lentas y profundas. Habían transcurrido varios, y no llegaba noticia alguna del soldado ausente. Manuel, por su parte, no había sido llamado todavía, y la madre aguardaba con espanto la hora en que un simple sobre cerrado, con timbre del Ministerio de Guerra, le anunciaría la partida de Manuel, de su pequeño Manuel, el último de sus hijos, que ayer no más jugaba sobre sus rodillas...

La buena nueva del triunfo del Marne, llegó ese día a

Saint Sauveur, y los ánimos se levantaron un poco. ¡El enemigo había sido, pues, detenido en su avance y los obuses no arrojarían su proyectiles sobre la ciudad-luz! Allí en lo más profundo de su alma, Madame Francine, sintió estremecimientos desconocidos; pero el temor de que Carlos hubiera caído en ese choque, absorbía todo su espíritu.

Iba a anoecer — aquello ocurrió un día martes — cuando llegó el sobre esperado... Las manos temblorosas de Madame Francine lo abrieron; era, en efecto, una orden perentoria de presentación. Horas después, Manuel debía partir para la línea de fuego. Hallábase la viejecilla relejendo por segunda vez el pliego breve e imperioso, cuando Manuel regresó de la calle y entró a la alcoba. Instintivamente, la madre ocultó la comunicación entre sus ropas.

—¿Nada nuevo? — balbuceó desimulando.

—Que se confirma la victoria del Marne... ¿Le parece poco?

—¡Pero no hay noticias de Carlos!

—Ya le he dicho — replicó Manuel — que la mejor prueba de que está sano y salvo es que no hay noticias... Las habría si le hubiera ocurrido algo.

Hubo un instante de silencio. Madame Francine, arrugaba nerviosamente entre sus vestidos el papel del Ministerio. Y cuando Manuel la dejó sola, tomó su resolución.

—¡Lucía! — gritó.

—¿Qué hay, madre Francine? — preguntó la muchacha, alarmada ante la visible nerviosidad de su protectora.

—Es preciso que me ayudes a evitar que Manuel vaya a la guerra...

Manuel reapareció en ese instante y a él se dirigió entonces la madre. El tono de su voz se hizo solemne:

—Hijo mío — le dijo — es necesario que me escuches... La partida de Carlos es el último desgarramiento que soy capaz de sufrir. Si tú lo sigues, moriré; moriré en la desesperación, en la angustia, en la impotencia... ¡En nombre de tu padre sepulto; en nombre de mis canas, de mi vejez, de mi amor; en nombre de tu novia que también va a ponerse de rodillas a tus pies, te pido que no vayas a la guerra!

Y las dos mujeres cayeron de hinojos. Las dos frentes se inclinaron y el sollozo entremezclado llenó la estancia.

—Pero si no voy, me llevarán — argumentó Manuel.

—¡No! — repuso ella. Estamos cerca de la frontera española. ¡Huye! ¡Que yo sepa que uno de mis hijos, el último de mis hijos, no está en las trincheras! Tenemos parientes en Madrid... ellos te ampararán.

La demanda se prolongó entre gemidos. La viejecilla invocó de nuevo la memoria del muerto, sus ideas, sus luchas, su calvario; habló de ella misma, de su vida, consagrada a cuidar a los dos hijos... y tal fué de profundo su acento, vibraron de tal modo sus palabras, se abrazó con tal vehemencia a las rodillas de su hijo, le demostró con tales pruebas que no habiendo aún recibido la citación del Ministerio no sería un desertor alejándose de Francia, y adquirió su voz de madre tonalidades tan extrañas, tan vigorosas, tan hondas, que Manuel concluyó por ceder. Se iría; se iría esa misma noche. La madre y la novia lo prepararon todo. En pocos minutos quedó listo un lío de ropa, y momentos después, trás

una despedida llena de besos y lágrimas, el prófugo se perdía entre las sombras, camino de la frontera española. Madame Francine y Lucía lo siguieron con la vista, en medio de la noche, a través de la ventana; y cuando quedaron solas, hubieron de exhalar un suspiro de satisfacción. La madre buscó el retrato de su marido y lo miró largos minutos. Parecíale que el obrero muerto le agradecía desde lejos la salvación de Manuel y le reprochaba a la vez que hubiese dejado partir al otro, envuelto en la brutalidad de la máquina burguesa. Todas las ideas rebeldes rebulleron en su frente, bajo la honda emoción que la embargaba; y mientras ardía en su espíritu el convencimiento de que acababa de salvar, junto con su hijo, la fiera dignidad de sus convicciones, evocó toda entera la vida de aquel hombre de blusa azul, muerto en la integridad de su credo y su protesta; y sus lágrimas rodaron en holocausto de los tres, del que yacía bajo tierra, del que ocupaba su sitio en las trincheras y del que partiera recién furtivamente, escurriéndose entre la sombra y desviado por ella hacia las bendiciones de la paz...



Esa misma noche, el Comisario y el Alcalde de Saint Sauveur hicieron su visita acostumbrada a Madame Francine.

—¿Y Manuel? — había preguntado el Alcalde.

Madame Francine había vacilado un poco antes de contestar:

—¡Marchó! Esta mañana lo citaron...

Luego había oído de labios de sus visitantes algunas palabras de consuelo. Y fué esa misma noche que llegó una nueva comunicación del Ministerio de Guerra. Cuando la dueña de casa se incautó del sobre, tornóse blanca como la cera y le faltó valor para abrirlo. ¿Qué podía ser?

—Déme usted — dijo el Alcalde. Y después de leer para sí las primeras líneas, se puso de pie, miró al Comisario y a Lucía con una mirada profunda, y un poco turbado por la emoción pero con la entereza de quien cumple un alto deber, dijo:

—Madame Francine... Ha de reunir usted todas sus energías de hija de Francia para recibir una noticia terrible...

—¡Qué?

—... ha de poner usted en su alma toda la suma de abnegación que puede caber en ella, para informarse de...

—¡De qué?

—... de que Carlos, su hijo, ha caído en la batalla del Marne...

—¿Herido?

—Muerto.

.....
.....

Así que Madame Francine hubo recobrado el sentido, el Alcalde leyó en voz alta la nota del Ministerio de Guerra. Después de dar a la madre la noticia de la muerte del hijo, decía así esa nota:

"Vuestro hijo ha muerto gloriosamente. Ha muerto profiriendo un grito que queda incorporado al lenguaje de las cargas del ejército de Francia: "¡arriba hasta los cadáveres para defender a la República!" Ha caído mientras clavaba la bandera en el campo enemigo; y puesto que la Cruz del Valor no puede quedar en el pecho del que ha muerto, úsela la madre del héroe..."

Así rezaba la nota. Madame Francine la oyó entre sollozos.

—¡Esas son frases! — dijo. — ¡El hecho es que ha muerto!

—Nacer para la gloria — replicó sentenciosamente el Comisario — no es morir...

En aquel instante se oyó en la calle un griterío confuso; y segundos después, un grupo enardecido de hombres y mujeres hacía irrupción en la casita de la viuda desolada.

—¡Viva la madre del héroe! — clamaban. — ¡viva la condecorada! ¡El pueblo quiere verla!

En vano procuró Madame Francine desasirse de aquella ola resonante que inundaba su alcoba y prescindía de su dolor para llevarle una vibración incontenible de entusiasmo y de patria.

—Gracias — balbuceó — pero dejadme...

Los gritos ahogaron su protesta dolorosa. La pueblada se apoderó de ella y la sacó a la calle. Cuando apareció en el umbral, toda blanca de angustia, los vivas y los aplausos llenaron el espacio. Los buenos aldeanos de Saint Souveur no veían, no querían ver un dolor en la viejecilla abrumada,

sinó la progenitora de un héroe, al cual, según susurrábase ya, esperaba el bronce... Y su entusiasmo profundo, que tenía la simplicidad de las grandès cosas, se asió de aquella simbolización viviente, como quien tomase una bandera para pasearla sobre el delirio; y puesta en andas, desgredado el cabello, nívea y solemne, la viuda del rebelde se dejó llevar por la gente, mientras la Marsellesa derramaba sus notas sobre la columna improvisada... Desde aquel instante, Mad. Francine no fué dueña de sí misma ni de su dolor. Empezó a pertenecer al entusiasmo de los aldeanos de Saint Sauveur. Hombres y mujeres de las villas vecinas comenzaron a llegar al solo efecto de conocerla y ver la Cruz gloriosa con que la gratitud de Francia había orlado su pecho de madre. La hostería del pequeño pueblo llenóse de viajeros, y la casita de Madame Francine era ya la casa de todos. Un día — ella misma no se explicaba cómo ni porqué — la ola popular la puso en un tren y la llevó a París... En el bulevar, donde doscientos mil hombres se habían apiñado, un obrero la tomó de la cintura y la levantó en alto:

—¡Aquí está la madre del héroe! — gritó ese hijo del pueblo.

Un clamoreo infinito la saludó entonces. Una mujer le alcanzó un gorro de la república.

—¡Póntelo! — le dijo.

Y Madame Francine se calzó el símbolo rojo sobre las canas. Y la vibración desconcertante volvió a oírse; y entre sus ecos, a los que parecía mezclarse un toque de dianas remotas y un resonar de clarines invisibles, ella percibía nítidamente

damente la misma frase: "¡la madre del héroe, la madre del héroe!"

Ante sus ojos surgía de golpe, conjurada por la emoción, la hora del Marne... Aquel alúd de aceros que avanzaban hacia el corazón de Francia; aquella maldición monstruosa que había dejado atrás a la Bélgica mártir e iba a caer sobre París eterno; aquella horadación implacable que reducía a pavesas las aldeas y continuaba su marcha sobre los escombros... y de pronto aquella estupenda vibración del alma latina, aquel esfuerzo inaudito, aquella explosión de rabia repentina que levantó a orillas del río una muralla de corazones y obligó a retroceder al alúd de aceros, mientras allá, a lo lejos, brillaban en la noche las luces de París salvado... Y para sus ojos y para su alma, Carlos y el Marne se confundían en una sola irradiación; y era él, era su hijo, era el héroe, la síntesis de toda esa página de luz; y era Carlos, su Carlos, quien alzando en la diestra la tricolor y echándose de bruces sobre la muerte, había contenido a los invasores victoriosos, para que París no cayese sobre sí mismo, hechos polvo sus siglos de gloria, y para que las campanas de Notre-Dame pudiesen seguir tocando a rebato sobre la esperanza y el heroísmo de sus hijos...

Y mientras la visión épica brillantaba sus ojos y el clamor de la multitud crecía como un mar en torno de su orgullo, su Carlos no era evocado por ella en la inmovilidad de la muerte: lo veía en medio de la batalla, ebrio de patria, agitando la bandera en el puño, retumbante de venganza y profiriendo su grito, su grito más sonoro que las trompetas, pues

que por sus pulmones de bronce había rugido ese día el alma de todos los hijos de la Francia en peligro... Y como si el hálito del pueblo que la aclamaba adquiriese materialidades de vendabal, sus cabellos blancos, resplandeciendo bajo el rojo simbólico del gorro, se agitaban en lo alto de su larga silueta, erguida sobre aquel oleage humano, de cara a la gloria, en medio de París intacto.... Se la hubiera dicho una bandera, una enseña nueva forjada en carne, en músculo, en espíritu; se la hubiera dicho un lábaro humano, esa tarde en que levantó su figura escuálida sobre el bulevar. coronada de escarlata y bajo la ondulación de las canas que se alzaban a impulsos del viento, mientras el cuerpo, firme como un asta, se inmovilizaba en una quietud estatuaría que apenas si lograba alterar el retumbo del cañón lejano llegando de rato en rato. Y estaban caídos sus párpados, como en la gustación de un éxtasis desconocido; y una blancura marmorea suavizaba su rostro viejo, ennoblecido todavía más por el matiz crepuscular; y bajo el delirio de las aclamaciones, hubo de sentir por un instante que ella, la vecina de Saint Sauveur, era más que todos los pueblos y más que todos los monarcas: le pareció que era la Francia misma. Alzó entonces la mano derecha; y en un ademán lento, minucioso y cortante, en un ademán que tenía de humano y de divino, la madre del héroe bendijo al pueblo, bajo el manto estrellado de la noche que caía...

¿Hasta qué recónditos rincones de la conciencia humana puede alcanzar la vibración de una hecho material, de esos que llenan una vida y estremecen hasta los cimientos un espíritu? ¿Hasta qué profundidades morales puede proyectar su influencia, respecto de una criatura sensible, uno de esos episodios que parece haber constituido la razón de ser de una existencia, a punto de que el propio sujeto cree ver en blanco las páginas anteriores al estremecimiento repentino? ¿No gravitan sobre nosotros fuerzas similares a esas otras que suelen convulsionar la tierra, engendrando cumbres donde había abismos y cavando fosos donde se alzaban cúspides? Elló es que cuando la guerra hubo terminado — no hay tragedias eternas — hacía ya mucho tiempo que Madame Francine había dejado de ser la viuda del rebelde, para convertirse simplemente en “la madre del héroe”. La ola enorme la había envuelto. El busto de su hijo, esculpido en yeso por el escultor del pueblo, adornaba su alcoba. Diarios, revistas y tarjetas postales difundían los rasgos fisonómicos del soldado de Saint Sauveur, cuyo alardeo de bravura en el momento de caer para siempre, había inspirado algunos versos sonoros que empezaban a propalarse en el bulévar. Todos cuantos tenían oportunidad de conocer a Madame Francine se apresuraban a hacerle notar el parecido físico extraordinario que advertían entre la madre y el hijo: los mismos ojos, el mismo óvalo de cara, la misma nariz alta y aguileña... Hubiérase dicho, por lo demás, que la anciana rejuvenecía. La percepción de la gloria habíale impreso en el rostro una suerte de beatitud indefinible, que tornaba más dulces sus rasgos carac-

terísticos. Sentía el respeto de todos en derredor de sí misma; y por obra y gracia de una especie de desalojo espiritual, el recuerdo del otro hijo, del prófugo en España, había ido sufriendo desmedros evidentes. Por lo que hace a la novia de Manuel, hubiera preferido serlo de Carlos... Bien lo advertiría el otro cuando regresara. Copartícipe inmediata de las emociones que habían agitado el alma de Madame Francine, Lucía, sensible a su influjo, habíase dejado, a su vez, envolver por ellas. Eran sus manos las que renovaban todas las mañanas las flores frescas con que adornaban a diario la estatua del héroe; y no pocas veces, allá muy adentro de su conciencia, habíase insinuado inconteniblemente una comparación entre las dos conductas...

Ambas mujeres vivían, por lo demás, identificadas en el muerto. Su recordación constante, estimulada por todos los vecinos de la aldea, para quienes era tema predilecto de conversación la gloria del soldado de Saint Sauveur, dada a la supervivencia de Carlos aspectos de materialidad. Nunca había estado más presente que ahora. La terminación de la guerra no había sido parte a detener la vivacidad de las evocaciones; y en medio de la calma que reinaba ya sobre los espíritus, su figura al igual que la de los otros héroes, adquiriría valorizaciones nuevas, pues que a ellos se atribuían desde luego los beneficios de la paz. A menudo llegaba hasta la casita de Madame Francine el rumor de músicas lejanas. Eran ahora armonías joviales y acentos serenos. Allá abajo, sobre las campiñas ondeantes, empezaban a cruzar de nuevo los labradores, sembrando y cantando. El Alcalde hacía esfuerzos por conseguir que una

de las calles del pueblo fuera bautizada con el nombre del benemérito, y en París se proyectaba realizar, según la usanza griega, un ceremonial en honor de las mujeres que habían engendrado héroes para la Francia... Organizada por el mismo Alcalde, preparábase para muy en breve una peregrinación de vecinos al sitio donde yacían los restos de Carlos. La madre iría al frente de la piadosa columna, y sus crespones de enlutada se agitarían bajo el mismo viento que años atrás hiciera flamear el trapo de la bandera empuñada por el hijo, en la hora gloriosa.

Una noche, Madame Francine, emocionada como nunca ante tales perspectivas, oyó llamar a su puerta.

—Adelante — dijo.

Y he aquí que apareció Manuel. Estaba pálido y adelgazado. Vestía traje de paisano y traía consigo el mismo lio de ropa que se llevara al partir. El recibimiento que le dispensó la madre, sin ser incordial, fué un poco frío; pero Manuel no pareció apercibirse de ello. Refirióle sóbriamente sus años de vida en España, y le contó que el cambio de clima le había hecho mal. El reumatismo lo había atacado y sufría dolores agudos en la pierna derecha. Luego habló de Carlos. Madame Francine se apresuró a mostrarle la cruz, la comunicación del gobierno, la estatua, los diarios, las revistas, las tarjetas postales... Le refirió con detalles prolijos la manera como el héroe había caído, clavando la tricolor en el campo alemán; le contó sus paseos en brazos de la multitud, su triunfo en París, su consagración popular bajo el gorro simbólico, su emoción ante las aclamaciones delirantes,

su gloria, en fin; y de tal suerte se exaltó al hablar de todo aquello, que Manuel, a quien aún no le había sido dado ver a su novia, juzgó prudente calmar los nervios de la madre con el bromuro de siempre, aquel mismo bromuro que antaño se empleaba para apagar sus vehemencias antiburguesas...

Y bajo el influjo del remedio, tranquilizado su espíritu y tendida sobre el viejo sofá, la viejecilla cerró los ojos y durmió. Era alta noche. Manuel se paseaba por la alcoba y el tic tac del reloj rompía levemente el silencio. Oíase desde allí la respiración de Lucía, entregada al sueño en la estancia contigua. De pronto, Madame Francine, habló. Estaba delirando. Habló del hijo muerto, de la patria, de la gloria, del gran grito con que aquél había inmortalizado su nombre, de su cruz, de sus muchedumbres, de la estatua... Manuel, ante aquella creciente explosión de palabras, prefirió despertarla; cuando lo hubo conseguido, la madre lo miró de pies a cabeza; lo miró con una mirada extraña, como si tornase de mundos lejanos, y mientras se daba vuelta en el sofá, tapándose hasta los ojos con la manta que la cubría, le barbotó en pleno rostro, repentina y brutalmente, estas tres palabras:

—¡Déjame soñar, cobarde!

... Fué entonces que el alma de Manuel se agitó en una convulsión suprema. Brutal a su vez, hizo templar de un puñetazo la mesa inmediata.

—¡Madre! — gritó; y ante el imperio del grito y el golpe, la viejecita se volvió hacia él, casi humildemente...

—¿Qué?

—¡Lo he comprendido todo! ¡Yo no vengo de España,

ni tengo reumatismo! ¡Mi pierna derecha es de palo! ¡Y también yo llevo aquí la Cruz del valor!

Y abriéndose el saco, puso la cruz ante los ojos atónitos de la madre. Madame Francine se irguió entonces. Estaba radiante de desgreñamiento. Sus ojos pardos proyectaban dos luces profundas. Alzó los brazos; y de pie junto al hijo, a la vez lívida y luminosa, como si fuera un compendio de todas las madres de la Francia, dejó caer sobre Manuel este plural magnífico, mientras lo envolvía en la triple fulguración de sus canas, sus abrazos y su llanto:

—¡Mis hijos! ¡Mis dos hijos, mis dos héroes!

Belisario Roldán

La Novela Semanal

Administración: FLORIDA 248 - Buenos Aires

Agente en Montevideo: C. CHECHI

APARECE TODOS LOS LUNES
CON UNA OBRA COMPLETA E
INTERESANTE DE LOS MEJORES
Δ ESCRITORES ARGENTINOS Δ

PUBLICADAS

1. **Una hora millonario** de E. García Velloso
AGOTADA — EN REEDICIÓN
2. **La Huelga**, de Hugo Wast (G. Martínez Zuviría)
3. **Artemis**, de Enrique Larreta

El Lunes próximo se publicará

LUNA DE MIEL

de MANUEL GALVEZ

SUCESIVAMENTE

6. **La psiquina**, de Ricardo Rojas
7. **Don Juan y Werther**, de José Ingenieros
8. **Un peón**, de Horacio Quiroga

PRECIOS

Por ejemplar \$ 0.10 Atrasado \$ 0.20

Suscripción única, por año \$ 5.—



A NUESTRAS LECTORAS:

Como consecuencia de la amplia acogida que hemos logrado merecer de nuestras lectoras, proporcionándoles las amenas obras que semanalmente publicamos y deseando corresponder también en igual forma a ese favor dispensado, ofrecemos el beneficio de poder descontar un 5 % de los precios corrientes de la acreditada casa **Gossard**, calle Florida y Tucuman, donde se exhiben los mas elegantes y cómodos modelos de corsets que se venden en todo Buenos Aires.

Para conseguir ese beneficio es necesario mencionar "La Novela Semanal".

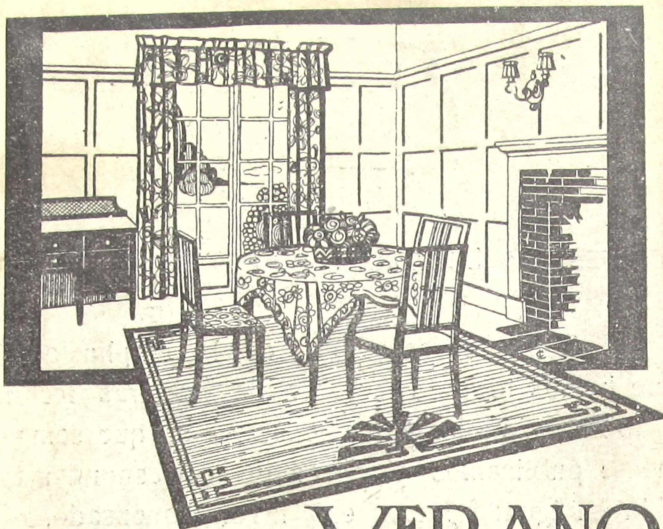
Visitar la referida casa es cerciorarse de la verdad de nuestro ofrecimiento, que se mantendrá durante todo el curso del mes de Diciembre.

Aceptamos pedido de informes por escrito.

The H. W. GOSSARD Co. Inc.

Buenos Aires, Florida 601

U. T. Avenida 5026



VERANO
1917-18

Thompson
Muebles L^{da}

FLORIDA 833 BA

UT. 6400 AV.